

Una mirada a la historia y a la cultura
para pensar en **el desarrollo**

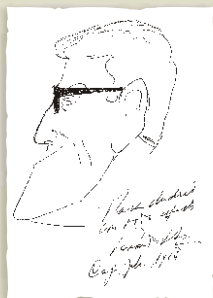
**I Foro
Cajamarca: Presente y Futuro**

Edición Homenaje al Dr. Fernando Silva Santisteban

Cajamarca 2007

CARÁTULA:

Autocaricatura obsequiada al pintor Andrés Zevallos de la Puente en 1968, quién nos cedió la presente, especialmente para esta edición.



© **Una mirada a la historia y a la cultura para pensar en el desarrollo.**

I Foro Cajamarca: Presente y Futuro
Edición Homenaje al
Dr. Fernando Silva Santisteban.

Asociación Los Andes de Cajamarca.
Grupo Impulsor para el Desarrollo de Cajamarca.

Diseño e Impresión:
Asociación Obispo Martínez Compañón
Telefax (076) 361904
Jr. Apurimac 279 - Cajamarca

Cajamarca, enero de 2007.

Breves notas biográficas de un cajamarquino ilustre: El Dr. Fernando Silva Santisteban Bernal (1929 - 2006)



El 10 de febrero de 1929, a las 10 a.m. en Cajamarca, nació el Dr. Fernando Silva Santisteban Bernal. Sus padres fueron el señor Osías Silva Santisteban Roncal y la señora Yolanda Bernal.

Realizó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional San Ramón, egresando en la promoción de 1947.

Al concluir su formación escolar, emigró a Trujillo, ingresando a la Facultad de Letras de la Universidad Nacional, aquella ciudad, en la que cursó su primer año de estudios universitarios. Deseoso de superación, en contacto con más elevadas fuentes del saber, se trasladó a la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en la que llegó a doctorarse en HISTORIA, en el año 1959, con una tesis titulada, LOS OBRAJES EN EL VIRREYNATO DEL PERÚ.

Posteriormente viajó becado por la O.E.A. a México DF, para realizar estudios de Antropología en la Universidad Nacional Autónoma de ese país.

A su regreso al Perú ocupó en 1964, la Dirección del Museo Nacional de Historia. En 1966 desempeñó la presidencia del Patronato Nacional de Arqueología. En 1986 fue Presidente del Comité Interamericano de Educación, Ciencia y Cultura de la Organización de Estados Americanos -O.E.A.

Como Director Nacional del I.N.C. entre 1985 y 1987, dio un enorme impulso a la cultura nacional y fundó las filiales del I.N.C. en Cajamarca, Tacna, Callao, Cuzco y Huánuco.

Fue destacado docente en la Universidades de San Cristóbal de Huamanga, Universidad Técnica de Cajamarca, Universidad Nacional

de Educación Enrique Guzmán y Valle – “La Cantuta”, Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Universidad Peruana Cayetano Heredia y Universidad de Lima, entre otras instituciones académicas.

En 1959 obtuvo el Premio Nacional a la Cultura “Inca Garcilaso de la Vega”. En 1966 fue distinguido con las Palmas Magisteriales en el Grado de Comendador. En 1967 se hizo acreedor a la GRAN ORDEN BOLIVARIANA DE EDUCACIÓN. En 1994 el Ministerio de Educación le otorgó, las PALMAS MAGISTERIALES EN EL GRADO DE AMAUTA.

El Dr. Fernando Silva Santisteban, ha publicado “Los Obrajes en el Virreynato del Perú” (1959). “Historia del Perú Prehispánico” (1961). “Antropología Conceptos y Nociones Generales” (1977). “El Pensamiento Mágico Religioso en el Perú Contemporáneo” (1980). “Historia del Perú (3 volúmenes 1982)”. “Los Incas (III Tomo de la Historia General del Perú)” (1994). “Historia de Nuestro Tiempo” (1995). “Sociedades de la Civilización Andina” (1997). “La Idiosincrasia de Occidente”. “El Primate Responsable” (2004), entre otras publicaciones.

Cajamarca estuvo en el centro de su preocupación cívica e intelectual. En 1986 coordinó la publicación de cuatro tomos de la HISTORIA DE CAJAMARCA, conjuntamente con los doctores Waldemar Espinoza y Róger Ravines, quedando el V Tomo sobre la República, inédito, listo para su publicación. En el 2001, Yanacocha, financió la publicación CAJAMARCA HISTORIA Y PAISAJE y además una serie de artículos sobre la historia de Cajamarca en revistas especializadas.

El 14 de diciembre de 1986, hizo una brillante exposición sobre Cajamarca ante el Comité Interamericano de Educación Ciencia y Cultura de la O.E.A. en Washington EE.UU., para la aprobación de la resolución de la O.E.A., que declara a CAJAMARCA PATRIMONIO HISTÓRICO Y CULTURAL DE LAS AMÉRICAS.

Siempre se mantuvo vinculado profundamente a Cajamarca. Su mensaje más trascendente fue la unión de los cajamarquinos para superar los grandes problemas de su tierra y lograr el bienestar, el desarrollo y el prestigio para CAJAMARCA LA GRANDE DEL PERÚ.

Prof. Evelio Gaitán Pajares

Cajamarca, enero de 2007.



Homenaje a Fernando Silva Santisteban Bernal

Rememoremos con respeto y recogimiento a este insigne cajamarquino que fue maestro, amigo ejemplar y promotor permanente de un desarrollo sostenible, en lo humano y material.

Fernando, queda como un símbolo de la cultura cajamarquina irradiando un ejemplo de ciudadanía comprometida con la sociedad y su identidad cultural y territorial. Parte de su grandeza radica en haber vinculado a la sociedad humana, el medio ecológico y territorial.

Su compromiso con su tierra cajamarquina, el Perú y su juventud, fue siempre una inquietud permanente, que quedó plasmada en sólidos y profundos mensajes humanos cargados de ética y moral, que podemos encontrar en su abundante producción cultural.

Su interés por Cajamarca estuvo dirigido al pueblo que lo vio nacer y que él representó. Nunca escatimó esfuerzo para participar en cuanto acontecimiento importante reunía a la gente para hacer propuestas de desarrollo. Tenía especial interés en establecer contacto directo con los campesinos, artesanos, jóvenes, profesores e intelectuales cajamarquinos; de allí su estrecha vinculación con la Universidad Nacional de Cajamarca y otras recientes, para quienes Fernando siempre fue su más valioso Profesor Honorario.

Fernando Silva Santisteban siempre estuvo dispuesto a integrar instituciones interesadas en el desarrollo de Cajamarca y del Perú. Sería largo detallar las numerosas organizaciones que conformó y promovió; sin embargo, vale la pena resaltar su presencia en el Consejo Consultivo de la Asociación Los Andes de Cajamarca "ALAC", entidad que en los últimos tiempos, viene promoviendo, con otras instituciones de la región, encuentros relevantes para el desarrollo de

Cajamarca. En ellos aportó instrumentos fundamentales para el mejoramiento de la vida de nuestra sociedad: nos referimos por ejemplo al I y II Foro Cajamarca Presente y Futuro. El aporte que adjuntamos a continuación es uno de sus mensajes más valiosos.

Con él, se inició el I Foro en diciembre del 2005. En este documento se puede apreciar su gran visión y una correcta orientación para el desarrollo que deberemos tener en cuenta siempre, para mejorar las condiciones de vida de nuestra región.

Su conocimiento profundo de la realidad social, de nuestra idiosincrasia regional y nacional, y su vínculo con el medio ambiente, le permitieron concluir en que todo es un conjunto integrado y funcional, que involucra a la sociedad humana, que tiene su base en la genética de su naturaleza, insertada profundamente dentro del ecosistema territorial que lo sustenta. Pedimos por lo tanto a la juventud estudiosa que siga con detenimiento la obra de Fernando Silva Santisteban que no sólo enriquecerá la cultura de quien la lee, si no que, se levantará como faro orientador para las mentes inquietas por el DESARROLLO HUMANO SOSTENIBLE EQUITATIVO Y SOLIDARIO que debemos construir, para mejorar y preservar la vida de nuestros pueblos y de todos los seres que nos rodean.

Pablo Sánchez Zevallos
Consejo Consultivo de ALAC

Cajamarca, enero de 2007.

CONFERENCIA INAUGURAL EN EL
I FORO CAJAMARCA PRESENTE Y FUTURO
(07 de diciembre de 2005).

Una mirada a la historia y a la cultura para pensar en el desarrollo

Fernando Silva Santisteban.

Queridos paisanos y amigos:

Me toca referirme al tema *Una mirada a la historia y a la cultura para pensar en el desarrollo*, cabe entonces la pregunta: ¿Por qué la historia y la cultura para iniciar nuestro Foro? Porque el hombre es un ser fundamentalmente histórico y es histórico porque tiene la capacidad de pensar en su pasado, de desvincularse de él y forjarse un porvenir. Así, pues, el conocimiento de la historia responde a la necesidad humana de darle sentido al presente. Como dice Hobsbawm:

“La posición que ocupamos respecto al pasado y las relaciones que existen entre el pasado, el presente y el futuro no son solamente asuntos de vital interés para nosotros, sino que no podemos prescindir de ellas”.

La razón de ser y la utilidad de la historia consisten, pues, en que su conocimiento nos permite discernir el presente sobre los hechos pasados y consecuentemente actuar sobre el curso de los acontecimientos para enmendar errores, reafirmar tradiciones y encauzar expectativas. Y es que a la luz de la historia el pasado se torna en enseñanza, el presente en posibilidad de acción y el hombre se vuelve más humano en la medida en que se hace responsable del futuro.

La historia de Cajamarca, como la historia del Perú de la que forma parte, no ha sido una historia continua ni pareja en cuanto a posibilidades socialmente adaptativas lo que habría permitido consolidar una sociedad menos desigual. Enormes diferencias sociales levantaron las barreras que han impedido la conformación de una colectividad participativa. De otro lado, como bien sabemos, en la historia del Perú se han producido tres quiebras, tres rupturas que alteraron la continuidad del proceso histórico, tales han sido: la conquista española, la independencia y la Guerra del Pacífico, después de cada una de los cuales nuestra historia cobró diferentes sesgos, con desdichadas consecuencias para las mayorías.

La historia de Cajamarca comienza hace doce mil años cuando la región se hallaba habitada por grupos de cazadores y recolectores, pero en su desarrollo posterior se inserta en el proceso de desarrollo de la Civilización Andina con originales realizaciones obedecen a la naturaleza de su propio ámbito ecológico, especialmente en tecnología textil, metalúrgica y sobre todo agraria. Después de la conquista española quedó poco de original que pueda servirnos de referencia para el desarrollo futuro.

Un hecho de enorme significado que tuvo la conquista española —el cual no ha sido casi tomado en cuenta— ha sido la pérdida de las tecnologías andinas, sobre todo de la tecnología agro-hidráulica. A lo largo de miles de años de observación y experimentación, tras un continuo proceso de reajustes y adaptaciones, utilizando los recursos naturales en función de cada zona ecológica, combinando la experiencia adquirida con elaboradas e ingeniosas técnicas agrícolas, los antiguos peruanos habían desarrollado no solamente un sistema de agricultura permanente al que por su eficacia son muy pocos los que se pueden comparar en el mundo antiguo, sino que habían conseguido también ensanchar las fronteras del cultivo hasta sus máximas posibilidades.

Los conquistadores españoles rompieron todos esos sistemas, no sólo al desarticular la organización social de las sociedades andinas, sino básicamente al no comprender los delicados procesos de revitalización de las tierras, ni los fundamentos de las técnicas de riego, ni las leyes del equilibrio ecológico. Todo lo cual, por cierto, no estaba escrito y solo fue conservado en la práctica por las costumbres. Rota la continuidad cultural y abandonados estos sistemas, se retrajeron los límites de la agricultura, se agotaron las tierras y aumentaron enormemente los límites de la aridez, dejando como herencia uno de los más graves problemas del Perú: la escasez de tierra cultivable. A mediados del siglo XVI, escribe Pedro Cieza de León cuando visita Cajamarca: “Esta provincia es fertilísima porque en ella se da trigo como en Sicilia y se crían muchos ganados y hay abundancia de maíz y de otras raíces provechosas y de todos los frutos que he dicho haber en otra parte”. A fines del siglo XVIII ya era exigua la producción de trigo. Hoy sabemos más sobre las tecnologías aborígenes y su aprovechamiento —como lo ha demostrado entre nosotros el ingeniero Pablo Sánchez— se hace más que necesario, indispensable.

La conquista significó para los indígenas no solamente el despojo de sus medios de producción, sino la imposibilidad de volverlos a organizar a su manera. Las formas y sistemas de la economía colonial subordinaron por completo la fuerza de trabajo indígena a los intereses del grupo hispano y más tarde al de sus descendientes criollos. Al buscar el mayor rendimiento de la fuerza laboral de los indios y al mermar su acceso a los bienes de consumo se rompió totalmente el equilibrio entre la producción y la población.

Después de los hechos de la conquista, Cajamarca no fue lugar precipitado de colonización, era sólo sitio de paso o refugio de algunos conquistadores durante las guerras civiles. Entre los soldados que participaron en la captura del Inca se hallaba Melchor Verdugo, a quién encontró Pizarro merodeando en Coaque y lo enroló en su hueste. Cuando llegó a Cajamarca no tenía veinte años pero pronto daría que hablar como uno de los infames más señalados de la conquista. En 1535, por sus “servicios a la Corona” el Gobernador Pizarro le concedió como encomienda de Cajamarca “muy memorada en todo este reino por ser muy grande y muy rica” pero cuando le fue otorgada nadie sabía cual era su extensión ni el número de indios que tenía, comprendía a los naturales de las siete guarangas de Cajamarca, una extensión tan grande como la del reino de Castilla, con miles de indios tributarios.

Pocas veces visitó Verdugo su enorme repartimiento y cada vez que lo hacía era para extorsionar a los indios exigiéndoles oro o para refugiarse de sus frecuentes persecuciones. Antonio del Busto recoge en un documento un hecho que protagonizó estando en Bambamarca, cuando le exigió al

curaca Tantallacta una cantidad de oro y como éste no pudo satisfacerle, entonces el encomendero azuzó a su enorme perro llamado “el Bobo” para atacar al hijo del curaca y el animal destrozó al muchacho en presencia de su padre y de otros indios. Refiere del Busto que el viejo curaca refrenando su dolor con el estoicismo de su raza, recogió un pedazo de cuero cabelludo de los despojos ensangrentados de su hijo y guardándolo en su bolsa se alejó del lugar.

Hacia 1540, cuando el visitador Cristóbal de Barrientos visitó la encomienda de Cajamarca ya Verdugo estaba explotando una mina de plata de Chilete, que la trabajaba con cien indios de servicio ordinario que le daba cada curaca, como lo comprobó de Barrientos. Pero esa mina no fue descubierta por el encomendero, pues venía siendo trabajada por los aborígenes desde mucho antes de la conquista incaica.

Cuando se agotó el saqueo de los objetos valiosos los conquistadores se preocuparon por la ubicación de las minas de oro y plata trabajadas por los naturales. Gonzalo Pizarro y Diego Centeno empleando la tortura lograron que los indígenas de su encomienda les dieran la ubicación del yacimiento de Collque Porco (1540), que se tenía por la primera mina de plata que beneficiaron los españoles en estos reinos. Con este descubrimiento se produjo una fiebre de cateos en todo el país que tuvo como consecuencia poco después el hallazgo de Potosí y de muchas otras minas en este virreinato.

Cuando en 1542 por el informe de Barrientos, quién había hallado demasiado extensa la encomienda de Verdugo, el gobernador Vaca de Castro mandó quitarle mil indios a las parcialidades de Pumamarca, Bambamarca y Chondal para darlos a Hernando de Alvarado; indignado el encomendero presentó a Diego de Vera, alcalde de Trujillo, una información sobre el mucho bien que había hecho en su encomienda edificando una iglesia en Cajamarca, enseñando a rezar a los niños indios y convirtiendo a sus padres en eximios tejedores. Decía también que era el primer español que descubrió y trabajó las minas de plata en el Perú, lo cual parece ser cierto, pero resulta irónico que Verdugo enseñara a tejer a los cajamarquinos: recordemos que en época de los incas Cajamarca fue el primer centro textil del imperio.

Es un hecho, sin embargo, que Verdugo estableció un obraje en Cajamarca, probablemente el primero que se fundó en el Perú. Según Bernabé Cobo el primer obraje que se fundó en este virreinato fue el de don Antonio de Rivera y de su esposa doña Inés Muñoz en el valle de la Sapallanga (Huancayo) y señala como año de su fundación 1545, pero la visita de Barrientos a Cajamarca (publicada por Waldemar Espinoza) es de 1540 y en ella se lee que los curacas de Cajamarca le daban a Melchor Verdugo, “su amo” indios para hacerle ropa de lana y paños de corte, conjuntamente con una serie de productos, maíz, coca, ají, papas, ovejas, así como indios e indias yanaconas (Espinoza, 1986:361). Así que el obraje de Verdugo resulta ser más temprano.

Los obrajes constituyen la forma como se inicia en América la etapa industrial. Como verdaderas fábricas y centros de concentración de un número de operarios, los obrajes eran lugares donde se fabricaba toda clase de telas de lana y algodón. Los obrajes representaron una forma de producción industrial típica: la inserción de un modelo con notables rasgos de capitalismo en una economía de corte feudal. Esto es, la apropiación privada de la plusvalía sustentada en la explotación de los operarios indígenas asalariados, —al menos en teoría según las ordenanzas y

licencias para su funcionamiento— la existencia de un amplio mercado de los productos manufacturados y el enriquecimiento de los obrajeros.

Al principio se hilaban y tejían telas burdas como jergas, cordellates, bayetas, frazadas y otros tejidos gruesos, pero luego se perfeccionaron y tejieron paños finos, manteles, albas, paños de mano, que como dice Solórzano “casi se pueden, comparar con los mejores que se labran en España”. También se producía en los obrajes sogas de cáñamo, mechas para arcabuz, alpargatas, toda clase de baquetas, cordobanes, sombreros, costales, alforjas, velas de barco y lienzos de muchas clases y los había también donde se fabricaban lozas y hasta pólvora.

En 1579 la viuda de Verdugo, doña Jordana Mejía solicitó, al virrey Toledo le mande dar “ciento treinta indios, hombres y muchachos de los que hay en la provincia” para que trabajen en su obraje, solicitud que no sólo fue atendida sino aumentada a 150 por el corregidor de Cajamarca Francisco Álvarez Cueto. Este obraje al que se denominaba el *Batán*, por la máquina hidráulica, compuesta de gruesos mazos de madera y grandes planchas de bronce en la que se daba a las telas el infurtido o acabado le dio su nombre al barrio del sureste de Cajamarca. Hoy se llama así a una calle. Posteriormente doña Jordana fundó otro obraje en Porcón que pasó después al hospital de naturales. Así comienza a desarrollarse la industria textil en Cajamarca. Cuando llega el cronista Antonio Vásquez de Espinosa a Cajamarca en 1615 dice que hay en la villa “muchos obrajes donde se labran paños y cordellates que son de los encomenderos y los indios lo trabajan todo”.

Los obrajes pertenecían a distintos tipos de dueño según fuesen de propiedad de la Corona, de particulares, de las órdenes religiosas, de comunidades de indios y mixtos, esto es en los que participaban los indios y la Corona o los españoles y los indios.

La enorme cantidad de ovejas que poblaban las dilatadas jalcas de Cajamarca suministraba la materia prima a los obrajes que se establecían en las haciendas en las condiciones más simples y económicas para los hacendados dueños de los rebaños. En algunas escrituras que se hallan en el Archivo Histórico de Cajamarca, se menciona el número de ovejas en algunas haciendas, así de fines del siglo XVII a mediados del XVIII encontramos en algunas haciendas cifras como en la hacienda San Felipe de Combayo que en 1698 tenía 23,700 cabezas que rendían en la esquila 529 arrobas; en Sónдор había 24,446; en San Antonio Abad de Porcón había 17,121 cabezas que en 1717 se elevaron a 22,646, y así en tantas otras.

El auge de los obrajes corresponde a las últimas décadas del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII. Que fue la forma de producción más significativa en ese período es un hecho y pero en cuanto que se refiere al volumen de la producción de los obrajes en Cajamarca sería muy aventurado hacer cálculos con la información que se tiene. No sabemos siquiera el número de obrajes que hubo en Cajamarca. En el siglo XVI tenemos noticias de tres en la villa y 8 en el corregimiento; a mediados del siglo XVII había por lo menos 14 y a fines de este mismo siglo alrededor de 30. El obraje de la hacienda Polloc que venía funcionando desde mediados del siglo XVII, el año 1794 rindió 2,972 varas de pañete, que costaba 4 reales la vara; 162 varas de bayeta a 3 reales y 71 varas de jerga al mismo precio; el obraje de Combayo en 1767 produjo 1793 varas de pañete, 95 frazadas y 200 varas de jerga, la de mejor calidad en la provincia; el obraje de Porcón a mediados del siglo XVIII tenía 75 tornos y 6 telares y el año 1783 produjo 2,706 varas de pañete, 1,550 de jerga y 230

frazadas; en el obraje de Payan se tejían anualmente 2,300 varas de pañete, 50 frazadas y una pieza de bayeta y tres de jerga; la hacienda Jerez producía al año 1,000 varas de pañete, 800 de jerga, 800 de bayeta y 15 frazadas. La bayeta se vendía en 1780 a dos y medio reales la vara.

Hasta 1803 había considerable demanda de las telas producidas en los obrajes de Cajamarca que, según informe de Tiburcio de Aguirre, producía bayetas “que podían competir en calidad con las de España y tocuyos de mejor calidad que los de Cuenca”. La explotación de las minas como las de Quiruvilca y Hualgayoc demandaba el suministro de textiles. Pero a mediados del siglo XIX no funcionaba ya ningún obraje en Cajamarca.

Fueron tres principalmente las causas por las que desaparecieron los obrajes: En primer lugar por la política económica de la Corona española siempre contraria al desarrollo de ésta como de cualquiera otras industrias que pudieran desarrollarse en estas colonias y competir con las que se habían desarrollado en España. La política de la Corona estuvo orientada exclusivamente a incrementar la producción de plata. Otra causa fue la poca demanda de las telas tejidas en los obrajes por parte del sector económicamente más favorecido de la sociedad colonial. Los nobles y los burgueses ricos, criollos y mestizos, usaban telas traídas de Europa. Los tejidos de los obrajes eran bastante toscos, su mercado estaba en las “castas” y los indígenas. Cuando desaparecieron los obrajes las necesidades de la vestimenta de estos sectores fueron satisfechas por la industria casera y familiar, con lo que se produjo alguna mejoría en la condición de los indígenas. Finalmente, la caída de la industria obrajera se aceleró con el permiso concedido por la Corona a los ingleses y franceses para comerciar con estas colonias. Los productos peruanos no pudieron competir con los extranjeros ni en calidad ni en precio. Contribuyó finalmente a la extinción de los obrajes la supresión del servicio personal de los indígenas.

Así como en los demás obrajes de estas colonias en los obrajes de Cajamarca se cometieron muchos crímenes y abusos contra los indígenas. Testimonio de ello son los constantes memoriales, súplicas y autos en contra de las extorsiones de los obrajeros y hacendados. Se hizo muy frecuente castigar a los indios por cualquier falta condenándolos a la pena de obrajes y en estos casos su situación no podía ser más desdichada.

La época de mayor auge económico de Cajamarca brotó con la explotación minera de Hualgayoc, el segundo yacimiento minero más importante del virreinato después de Potosí. Las vetas de Hualgayoc comenzaron a labrarse en 1772 por los mineros Rodrigo de Torres y Ocaña y Juan José Casanova. Hualgayoc que antes era un paraje deshabitado apenas en dos años tenía dos mil personas establecidas y dos décadas después cuatro mil. El descubrimiento y explotación de este asiento minero trajo una transformación violenta en la economía de Cajamarca. Como dice Horacio Villanueva, “El trastorno no pudo ser más grande, por lo que el descubrimiento de Hualgayoc, como suceso trascendental, es tan importante para la región y el reino que sin equivocación afirmamos que dio comienzo a una nueva etapa histórica cajamarquina que no ha sido todavía estudiada”.

En efecto, fue transformada la economía regional con dramáticas consecuencias, como escribe Juan Ramón de Iturralde en 1776. Antes Cajamarca tenía

“... varias haciendas de obrajes, en las que se labraba copiosísima porción de lana que producían los muchos ganados menores, convirtiéndose en pañetes y bayetas que llaman de la tierra y varios tejidos

de algodón como tocuyos y otros para sus gastos. Sacándose así mismo anualmente crecidas puntas de ganado de cerda y carneros para el abasto de Lima y sus inmediaciones, y también cantidades de mulas para sus convecinas provincias. Siendo así mismo abundantísimo el trigo, cebada y aves...”

Ahora, escribía Ignacio de Lecuanda en 1792:

“Toda la pobreza de la villa se ha elevado a opulencia, sus humildes trajes son ya ostentosas galas, y cuesta triple todo comestible con el descubrimiento del famoso mineral de plata y cerro de Hualgayoc, distante 16 leguas, felizmente conseguido el año 1770. Este poderoso manantial de riqueza no sólo ha hecho feliz a Cajamarca sino a los demás partidos de este gobierno”

Un informe del Tribunal de Minería que data de 1790 confirmaba que Cerro de Pasco y Hualgayoc eran los centros mineros más importantes del Perú, con 103 y 106 mineros registrados, respectivamente, de un total de 706 de todo el virreinato. De las 670 minas en producción 78 estaban en Cerro de Pasco y 106 en Hualgayoc, pese a que Hualgayoc contaba ya con el número más elevado de minas que no se trabajaban, 140 de un total de 578. El informe revelaba también que la minería peruana se organizaba en base a operaciones en pequeña escala en numerosas minas separadas. Es decir, los mineros dependían para sus operaciones de créditos otorgados por los comerciantes, muchas veces en especies y a quienes debían pagar no solo altos intereses sino también entregar el mineral obtenido a precios más bajos de los corrientes.

En Hualgayoc se hicieron muchas fortunas, así como se perdieron otras. Uno de los mineros más acaudalados, probablemente el más rico, fue don Miguel de Espinach, quien hacia 1798 explotaba 7 minas con 18 dependencias, entre ellas el Socavón Real, llamado también Socavón Espinach, nombre consignado por Humboldt en su libro *Cuadros de la Naturaleza*.

Pero a fines del siglo XVIII se agotaron las betas más ricas del yacimiento, otras se anegaron y el decaimiento de la producción de Hualgayoc señaló una larga etapa de decaimiento en la economía regional. La crisis económica habría de agudizarse con las campañas de la Independencia y el empobrecimiento cada vez mayor de la tierra por la constante erosión.

El carácter urbano que hizo de Cajamarca una de las ciudades más importantes del Virreinato, se definió a principios del siglo XVIII cuando se construyeron sus templos admirables y sus casonas señoriales que, como en todas las ciudades virreinales, lucían en sus hermosas portadas la calidad y prosapia de sus moradores. Digamos que fue el gran siglo de Cajamarca aunque no poseía aún el título de ciudad. Fue recién en 1802 que la villa de Cajamarca fue elevada al rango de ciudad y provista de su emblema heráldico.

Hasta principios del siglo pasado se conservaban alrededor de cien de estas portadas sin que sus dueños se preocupasen mayormente por ellas, cuando establecimos la Casa de la Cultura para la mayoría de sus herederos era ya un problema que sus casas fueran declaradas bienes intangibles.

La República fue fundada bajo la advocación de la razón y los ideales de justicia e igualdad sociales, sus fundadores dotaron al Perú de una Constitución de tipo republicano y de una organización política sobre la base de tres poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial así como de una estructura institucional que asegurase los derechos y señalase los deberes de los ciudadanos.

Pero la independencia del dominio español no significó, como debía ser, el cambio hacia nuevas formas de integración y unificación nacionales, ni se produjo el corte cuando precisamente debió cambiarse la estructura del agregado social para separar, de una vez por todas, las viejas formas de dominación colonial de la nueva organización que reclamaba un país nuevo, libre, compuesto por ciudadanos criollos, indígenas, mestizos y demás grupos que habitaban el territorio nacional.

Después de la independencia no se llevó a cabo modificación sustancial alguna en las estructuras económicas y sociales y los sectores populares siguieron sin tener acceso a las esferas de decisión política del nuevo Estado. Bajo la cubierta liberal y el dogma de la soberanía popular, puramente declarativos, la independencia sirvió para justificar y mantener la preeminencia de una minoría políticamente débil y de una oligarquía sustancialmente floja que no pudieron ni fueron capaces de consolidar el poder y a las cuales sólo les preocupó mantener sus privilegios heredados. Se fundó el Estado pero no se consolidó la nación. Y es un hecho también que, como dice Basadre, el Perú nunca ha tenido una clase dirigente sino sólo dominante.

Cajamarca entró en un largo período de decaimiento económico: El retraimiento de la minería, la desaparición de los obreros, los cupos del Libertador, la leva y la expatriación de los jóvenes, el centralismo limeño y la desarticulación económica regional produjeron una reorganización feudal, de la que sólo algo se recuperó a mediados del siglo pasado con el desarrollo de la ganadería y la producción lechera.

En 1848 Cajamarca sufrió la más terrible hambruna que haya asolado sus comarcas. La baja producción agrícola, más la ausencia de lluvias durante dos años consecutivos, produjeron escasez y hambre en toda la sierra del norte peruano. En el periódico *La Aurora*, que fundara Mariano Felipe Paz Soldán, a fines de noviembre de ese año, se manifestaba la preocupación de las autoridades y el llamado que hacían solicitando a quienes pudieran paliar el hambre de los pobres. El 30 de diciembre la *Aurora* volvía a editorializar señalando la horrorosa situación que se vivía en las provincias de Cajamarca y Chota. Los animales morían por millares y los artículos comestibles alcanzaban precios increíbles. En la edición del 17 de febrero de 1849 se registra las escenas que se produjeron en la prefectura con motivo de la distribución de unas cuantas cargas de cebada y la desesperación de la gente que se disputaba un puñado del cereal para no morir de hambre. Perecieron muchas personas sin recursos, no se sabe cuántos porque hubo cuidado de no dar cifras en los pueblos y en el campo nadie se tomó la molestia de averiguarlo.

A mediados del siglo XIX Cajamarca se hallaba enteramente desatendida por el gobierno central convirtiéndose en una de las provincias más olvidadas. No podía esperarse que se cumpliera la aspiración ya generalizada de conseguir la categoría de departamento. Hubo entonces un grupo de ciudadanos liderados por Toribio Casanova, quienes a través del periódico *La Aurora*, entonces dirigido por José Silva Santisteban, asumieron el movimiento departamentalista que tuvo gran acogida en la opinión general. Se unieron a Casanova el Coronel Juan Antonio Egúsqiza y don Pedro José Villanueva, ciudadanos prominentes que comandaron la causa departamentalista. Se formó una fuerza de 600 hombres que irrumpió en la plaza de armas formando una enorme y decidida concentración. Los insurgentes fueron recibidos con descargas de fusilería que mataron a algunos de ellos y al caballo de Casanova, pero los gendarmes cajamarquinos no pudieron

enfrentarse a una causa, que era también la suya, y la resistencia fue pronto vencida. A las nueve de la mañana del 3 de enero de 1854 el pueblo de Cajamarca había ganado con decisión y arrojo la categoría de departamento que significaba su liberación regional. Mientras tanto en el resto del país se había generalizado ya la sublevación bajo el caudillaje de Ramón Castilla quién, después de su triunfo en la batalla de La Palma, expidió un Decreto Supremo del 11 de febrero de 1855 que reconocía la jerarquía departamental de Cajamarca con sus provincias Cajamarca, Cajabamba, Chota y Jaén. Este fue el hecho más decidido, importante y significativo en la historia política de Cajamarca.

Nuestra historia no es precisamente una historia de realizaciones acaso más bien de apatías. Nuestro destacado y siempre recordado historiador Horacio Villanueva Urteaga decía que Cajamarca era un cargo de conciencia para los cajamarquinos. Y es que desde la conquista española los cajamarquinos hemos vividos épocas de cierta bonanza como también de abandono, de un apacible abandono acondicionado a la tranquilidad y a la calma de una provincia adormilada por formas de vida tranquilas y de formas de economía que no han exigido mayor dinamismo. Y aunque no ha dejado de preocuparnos la postergación y el atraso, pocas veces nuestras expectativas se han materializado en hechos concretos y trascendentes por la falta de decisiones.

Hoy vivimos una época diferente, una coyuntura en la que se hacen más que necesarios —inexcusables diría yo— la toma de conciencia de nuestra realidad y el esfuerzo unitario para resolver nuestros problemas. Nos preguntamos entonces ¿Qué podemos saber de modo válido de la sociedad en la que vivimos? ¿Qué nos hace ser lo que somos? ¿De qué defectos debemos desprendernos para actuar objetivamente?

Tengo la esperanza de que ésta no va a ser una reunión más, por la naturaleza de las cosas que van a tratarse, por el interés de quiénes están aquí reunidos, de las instituciones que representan y por la voluntad ya definida de encarar los problemas teniendo en cuenta el desarrollo futuro de Cajamarca por encima de cualesquier otras consideraciones.

Con la explotación del yacimiento minero de Yanacocha ha cambiado rápidamente la situación económica de Cajamarca. Nuestra región ha sido objeto de una inusitada bonanza, como la que se produjo con el descubrimiento y explotación del mineral del Hualgayoc en el siglo XVIII. Pero esta vez sí nos preocupan tanto el presente como el futuro. En la última década de una apacible ciudad colonial Cajamarca se ha convertido en una urbe abigarrada, desordenada, chimbotizada, llena de automóviles que se hace difícil cruzar una calle; ha crecido la población y se ha encarecido la vida; la campiña se ha poblado de antiestéticas construcciones de cemento; han prosperado los negocios, hay un sinnúmero de tiendas comerciales y agencias de servicios, se han triplicado los hoteles y los restaurantes, como que se ha poblado también con gentes de mal vivir. Son contingencias de la época. No sabemos sin embargo que va a pasar cuando se agote el oro de la tierra. Nos preocupa qué será de las inmensas hoyadas, ¿Quedarán yermas y contaminadas? Es precisamente en este foro donde han de exponerse las realidades y las necesarias acciones para conjurar los problemas y asumir el futuro.

Son esperanzadoras las palabras del ingeniero Carlos Santa Cruz Director Gerente de Newmont Sudamérica publicadas en una importante revista:

“... El rechazo a la minería, no sólo a Yanacocha, tiene raíces históricas que trascienden a la relación comunidad y minería. La erradicación del sentimiento de exclusión que experimentan las poblaciones del Ande Peruano es un reto que tenemos por delante y que compromete no sólo a los que trabajamos en el área rural.

En esa tarea estamos empeñados todos los mineros que hemos decidido contribuir a cerrar esta brecha social, como uno de nuestros objetivos corporativos. Para ello es fundamental que generemos concordia y atraigamos más inversión. De esta manera estaremos generando más oportunidades para los que hoy no las tienen ...” (*Caretas*, Noviembre 3. 2005. p. 94)

Para acogernos a esta esperanza nos preguntamos también: de los problemas que afectan a Cajamarca, como a todo nuestro país, ¿cuál es el más significativo? Indudablemente el desconocimiento de la realidad, la incapacidad de aprovechar nuestros propios recursos, la imposibilidad de vislumbrar siquiera nuestras posibilidades, esto es, las desgracias que derivan de la ignorancia. Esto es el problema de la educación.

El problema de la educación entre nosotros es demasiado grande como para afrontarlo en las dimensiones que implica, pero hay algunos perfiles en la educación rural que si podemos mejorar. Además tenemos una experiencia que fue muy prometedora y que lamentablemente fue abandonada.

Me refiero al programa de las llamadas *escuelas azules* que promovió el ingeniero Pablo Sánchez en la década de los sesenta, cuando fue rector de la Universidad. Bajo del paradigma del ecodesarrollo organizó un programa original y factible que convertía la escuela rural en centro de actividades educativas y comunales. Alrededor de la escuela se establecieron talleres de tejidos y de cerámica, plantas de biogás, la comunidad se convirtió en lugar de práctica de profesores y alumnos de la Universidad de las diferentes especialidades y sobre todo en la reforestación y rehabilitación de la tierra con tecnologías tanto modernas cuanto ancestrales que tuvieron efectos formidables como los que se lograron en Aylambo. Fue una verdadera lástima que se descuidara y abandonara este programa.

Pensamos, pues, que es el ámbito rural un espacio en donde necesariamente debe incidir la contribución y ayuda de los mineros a fin de establecer un programa de educación integrada en dos o tres comunidades, que se elijan como las más aparentes, en cada una de las cuales se establezcan una escuela de primaria, una cooperativa de consumo, una posta médica, un taller de artesanías y un ambiente de experimentación para la enseñanza y prácticas experimentales. Pensamos que debe contarse con la colaboración de las universidades y otros centros de formación y conocimiento.

Bien sabemos que son en el conocimiento y en la voluntad donde radican las respuestas: En el conocimiento de la naturaleza de nuestra sociedad, en la toma de conciencia de nuestros defectos y de nuestras posibilidades y, por su puesto, en la voluntad de enfrentarnos colectiva y decididamente al futuro superando de una vez por todas el “inmenso déficit de solidaridad” que nos viene frustrando a lo largo de la historia ■



Grupo Impulsor para el desarrollo de Cajamarca

Asociación Los Andes de Cajamarca
Jr. Los Sauces 470. Urb. El Ingenio - Cajamarca
Telf: (076) 366961 - 369438
www.losandes.org.pe